

Vida contemplativa en el siglo XXI, ¿para qué?

Hermana Helena Esguerra

*Conferencia pronunciada
el 6 de mayo de 2008*

Forum Deusto

Vida contemplativa en el siglo xxi, ¿para qué?

Hermana Helena Esguerra
Carmelita Descalza

Ante todo quiero agradecer al Profesor Javier Elzo el haberme invitado a dar un testimonio sobre la vida contemplativa en este Foro Deusto, y a los asistentes que desean saber algo más sobre un tipo de vida que para el siglo xxi aparece como anacrónico, desfasado y quizá dinosaurio, o como otra especie «en vías de extinción».

Ciertamente esta no es una charla científica como las que se acostumbra a dar en el Foro, no es tampoco simple teoría, necesariamente tiene que brotar de la experiencia personal pues es un tema que sólo conoce bien quien lo vive.

He dado a esta charla el título de «Vida contemplativa en el siglo xxi ¿Para qué?» pues encaja bien en el tema propuesto para el foro del año 2008, «La vida ¿para qué?» pero igualmente hubiera podido intitularla «Buscar a Dios en el siglo xxi ¿para qué? Pues evidentemente la razón de ser de la vida contemplativa, desde siempre, ha sido la búsqueda de Dios.

Pero en un momento en que el hombre ha logrado tales avances en el campo de la ciencia y de la técnica, que se ha llegado a la luna, se ha logrado conquistar el espacio, la biogenética ha hecho avances increíbles hasta lograr la concepción de un ser humano fuera de los cauces naturales, en fin, en todas las ramas de la ciencia el avance ha hecho creer que ya Dios no es necesario. El hombre puede prescindir de Dios. Si el Génesis invita al hombre a dominar la creación, evidentemente el hombre lo está logrando. Sin embargo ¿quién puede impedir un tsunami, o la erupción de un volcán, o que Catherine destruya ciudades enteras, o que más de treinta millones de seres humanos en un solo continente sufran de SIDA? No, el hombre a pesar de su inteligencia, que es un don gratuito de Dios, ha logrado muchos avances y los seguirá consiguiendo, pero jamás podrá prescindir de la ayuda de un ser superior.

Al mismo tiempo se experimenta otra realidad. Nuestro mundo padece sed de Dios, se le busca de diversas maneras, y el hombre occidental bucea en espiritualidades orientales o en nuevas «religiones» que satisfagan su ansia de infinito. En su día el Papa Pablo VI en una audiencia pública comentó esa sed de contemplación del hombre moderno, pero expresó su sorpresa por el hecho de que muchos cristianos se fueran para el Tíbet, al Himalaya buscando maestros de contemplación y decía, nuestros cristianos buscan en otras espiritualidades porque no conocen a los grandes místicos de la Iglesia y citó expresamente a San Bernardo, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

Desear una experiencia de Dios es ya buscar a Dios aunque sea inconscientemente. En su última encíclica *Spe Salvi* el Papa nos dice que la esperanza siempre nos hace tender hacia un ser superior, hacia alguien que sea capaz de llenar nuestras esperanzas puesto que nada de lo meramente humano y terreno puede satisfacernos plenamente. Esto es fácil de constatar en la vida diaria de todo ser humano.

Fundamentos generales

En la Sagrada Escritura encontramos bien expresada esa sed de Dios que siempre ha tenido el ser humano. Los Salmos, esas bellísimas oraciones que han alimentado la espiritualidad de judíos y cristianos a lo largo de los siglos, nos dicen: «Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?» (Sal 42, 2-3), otro Salmo dice «Oh Dios, tu eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua» (Salmo 63,2); en otro se va más lejos pues es Dios mismo quien invita: «Oigo en mi corazón: "Buscad mi rostro". Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro» (Sal 27,8). Recordemos que Jesús de Nazaret es el rostro humano de Dios, y seguirlo a él es buscar su rostro. Este deseo de Dios, esa búsqueda de Alguien superior que colme nuestros anhelos, diría que es innato en la persona.

Ahora bien, como escribió alguna vez el Cardenal Suenens: «los contemplativos son el 000,1% del capital humano que Dios se reserva exclusivamente para sí. El Cardenal se refería concretamente a los que abrazan la vida canónica contemplativa. Pero entendamos bien la palabra «contemplativos» pues evidentemente no es necesario encerrarse en un monasterio para poder tener una experiencia contemplativa de Dios. Todos estamos invitados a ello pues, como dijo San Gregorio

Magno: «la contemplación es la experiencia del peso del amor de Dios sobre nosotros». «Dios es AMOR», y todos los seres humanos y toda la creación son fruto del AMOR de Dios, por lo tanto todos podemos tener esa experiencia que está grabada en nuestro ser desde el mismo momento de nuestra concepción. ¿Cuál es un tremendo problema del mundo moderno? La cantidad de personas carentes afectivas que o no han sido concebidas por amor, o han sido rechazadas por sus padres, o a lo largo de su vida no han encontrado quien les dé el amor que todos necesitamos. Pero quien tenga fe puede y debe saber que Dios siempre lo o la ha amado. En Isaías encontramos una verdad preciosa. Le dice el profeta a Israel en nombre de Dios: «No temas, que yo te he rescatado, te he llamado por tu nombre... dado que eres precioso a mis ojos, eres estimado, y YO TE AMO» (Is. 43, 1.4). ¿Puede darse una declaración de amor más bella que ésta?

Entonces si todos, incluso los no cristianos, los ateos, los practicantes de religiones animistas pueden experimentarse amados por un Ser superior, ¿por qué y para qué existe una vida contemplativa canónica? ¿Para qué existen los monasterios si se puede buscar y encontrar a Dios en medio del mundo? Una de las críticas a quienes vivimos la vida contemplativa canónica es que nos encerramos para no hacer nada, que somos vidas inútiles, desperdiciadas y que en medio del mundo podríamos conseguir la misma experiencia de Dios. En la misma encíclica citada antes, Benedicto XVI escribe:

En un momento de la Edad Media, bajo ciertos aspectos emblemático, en la conciencia común, los monasterios aparecían como lugares para huir del mundo (*contemptus mundi*) y eludir así la responsabilidad con respecto al mundo buscando la salvación privada. Bernardo de Claraval, que con su Orden reformada llevó una multitud de jóvenes a los monasterios, tenía una visión muy diferente sobre esto. Para él, los monjes tienen una tarea con respecto a toda la Iglesia y, por consiguiente, también respecto al mundo Y, con muchas imágenes, ilustra la responsabilidad de los monjes para con todo el organismo de la Iglesia, más aun, para con la humanidad; les aplica las palabras del Pseudo Rufino: «El género humano subsiste gracias a unos pocos; si ellos desaparecieran, el mundo perecería» Los contemplativos —contemplantes— han de convertirse en trabajadores agrícolas —laborantes—... A decir verdad, Bernardo dice explícitamente que tampoco el monasterio puede restablecer el Paraíso, pero sostiene que, que como lugar de labranza práctica y espiritual debe preparar el nuevo Paraíso» (Spe Sal 15).

Ya Evagrio Póntico había definido al monje como «aquel que está separado de todos y unido a todos...», por eso nuestro oficio en la Iglesia y en el mundo es recordarlos a todos ante Dios y despertar el re-

cuerto de Dios en todos. Esto exige una intercesión permanente y un testimonio fiel.

A la luz de la Sagrada Escritura

Aunque Moisés ha pasado a la historia como el liberador de Israel y como tipo del Mesías, su experiencia es curiosa. Dios lo eligió para sacar al pueblo de la esclavitud de Egipto. Previamente lo había preparado con una excelente formación humana adquirida en la corte del Faraón, pero luego, cuando entró en contacto con su pueblo y constató su sufrimiento mató a un egipcio y tuvo que huir a Madián. Es allí, en el exilio, donde se encuentra con Yahvéh. Desde entonces su experiencia de Dios va en un *crescendo* constante. Empieza en Éxodo 3, queriendo conocer el nombre de Dios, a lo largo de los siguientes capítulos dialoga con él constantemente en la cima del Sinaí, intercede por su pueblo hasta que en el capítulo 33 ya lo que desea es ver a Dios «Déjame ver tu rostro». ¿Pero qué hizo Moisés? Cuando pretendió constituirse en el único juez del pueblo, su suegro Jetró le aconsejó, sabiamente, que no lo hiciera sino que escogiera 72 ancianos que hicieran de jueces y él se reservara sólo los casos graves. Luego ante el enfrentamiento con los amalecitas ¿quién fue el jefe del ejército? Fue su joven ayudante Josué. El papel de Moisés durante la batalla fue permanecer en la cima del monte con los brazos en alto orando por el pueblo y gracias a su intercesión ganó Israel. Más adelante cuando se va a establecer el sacerdocio Dios no escoge a Moisés para tan honroso cargo, escoge a su hermano Aarón. Entonces ¿qué es Moisés? Ni juez, ni jefe militar, ni sacerdote. Moisés es «el amigo de Dios». Así nos lo describe la Escritura: «Yahvéh hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo», sí, Moisés es ante todo el AMIGO de Dios. Su misión fue liderar al pueblo, pero mediante su intimidad con Yahvéh, mediante su experiencia contemplativa de Dios. Moisés es considerado el mayor místico del A.T. Recibió de Dios las tablas de la Ley, intercedió constantemente por el pueblo para que este fuera perdonado de sus muchos pecados, realizó milagros para que pudiera subsistir a lo largo de los cuarenta años del Éxodo. Pero su vida fue ser AMIGO DE DIOS. Este ejemplo nos muestra un poco cuál es el oficio de los contemplativos. Nuestro papel en la Iglesia y el mundo es ser amigos/as de Dios en bien de toda la humanidad.

Otro místico del A.T es el Profeta Elías, vinculado con la Orden del Carmelo desde que los primeros ermitaños se ubicaron en el Monte Carmelo a finales del siglo XII. Ahí se inició la vida de los ermitaños «Hermanos de la Virgen María del Monte Carmelo», precisamente en la

cima del monte donde vivió Elías. Su espíritu inunda nuestra espiritualidad pues heredamos de este profeta su amor a la Palabra, indispensable para toda experiencia mística, su celo por la gloria de Dios y su «caminar siempre en la presencia de Dios». Pero su experiencia más bella fue el encuentro con Yahvéh en la cima del Horeb cuando supo descubrir el paso de Dios no en el ruido, ni en el fuego, ni en el terremoto sino en la suavidad de un silbo delicado que anunció la presencia de Dios y le habló indicándole lo que debía hacer.

Jesús mismo ¿no pasó 30 largos años de su corta vida en un ambiente sencillo, oculto en Nazaret? Solo dedicó tres años a su apostolado activo, en cambio la mayor parte de su vida fue totalmente contemplativa. San Juan Bautista vivió toda su adolescencia y su juventud en el desierto. San Pablo antes de lanzarse a un arrollador apostolado se fue al desierto de Arabia a profundizar el Misterio que le había sido revelado y a madurar la vocación recibida en el camino de Damasco.

Como en todo trabajo importante, la vida contemplativa necesita un ambiente propicio para poder realizar su misión, y exige cierta separación material del mundo, un ambiente de soledad y silencio. Por ejemplo cuando al final de los años 60 pudimos seguir en la TV el alunizaje de Armstrong y ver el momento en que plantó la bandera de los Estados Unidos y leyó un texto del Génesis, también nos mostraron las grandes salas de Cabo Kennedy donde cientos de científicos, cada cual ante su ordenador, estaba contribuyendo al éxito de la empresa. Se denotaba un ambiente de silencio, de concentración. El éxito de este viaje espacial dependía de todos. Seguramente todos sabemos quiénes son Armstrong y el ruso Gagarin. Hemos visto sus retratos miles de veces, pero ¿quién conoce los nombres de los científicos que contribuyeron al éxito de los viajes? Eso pasa con los/as contemplativos/as nadie nos conoce, pasamos desapercibidos para la gran mayoría de la gente, sin embargo el bien de la humanidad está en nuestras manos, en nuestro corazón, en nuestra vida sencilla y oculta.

La Sagrada Escritura y la historia nos demuestran que la vida contemplativa es una gracia concedida por Dios en bien de la humanidad.

Aspecto canónico

Hay, sin embargo, que hacer una aclaración. Se habla de vida monástica y de vida contemplativa. No son exactamente lo mismo. Hay monjes/as que realizan una actividad apostólica en colegios y universidades, parroquia, lo mismo que cualquier religioso o religiosa de vida apostólica.

Pero también los hay que llevan una vida exclusivamente contemplativa. Por ejemplo las y los cartujos, cistercienses, jerónimos, etc. En cambio la monjas que pertenecemos a las grandes Órdenes mendicantes: franciscanos, dominicos, carmelitas, agustinos, somos consideradas «monjas» aunque nuestros hermanos no sean monjes sino frailes.

Otro error muy común es el llamarnos «monjas de clausura». Ciertamente no es la clausura la que constituye nuestro carisma, es precisamente la contemplación la que nos hace buscar una vida de mayor separación del mundo. No porque el mundo sea malo, sino porque necesitamos un ambiente de mayor soledad y silencio, como se dijo antes. Se pone el énfasis en un medio y no en el término que es la experiencia de Dios, la vida mística.

En el Sínodo de la Vida Consagrada el Abad General de los cistercienses Reformados o Trapenses, Dom Bernardo Oliveira, hizo referencia a este punto haciendo ver que tanto los monjes como las monjas que se dedican exclusivamente a la contemplación tienen la misma vocación, pero que la ley canónica hace una diferencia difícil de entender al someter a las monjas a unas leyes de clausura que no existen para los monjes. Nunca se habla de «monjes de clausura», en cambio sí se denomina así a las monjas que llevamos una vida contemplativa.

Desafortunadamente aun se ve con recelo la capacidad de la mujer para asumir una vida de total entrega a Dios sin «protecciones» externas que limiten su contacto con el exterior. Me pregunto ¿qué diferencia hay entre una religiosa de vida apostólica que vive sumergida en un mundo difícilísimo y una religiosa que por vocación elige la vida contemplativa? Todas somos mujeres del siglo XXI.

La Iglesia con entrañable amor de madre vela de manera especial por nosotras, pero quizá ha olvidado una sabia recomendación del Papa Juan XXIII quien poco antes del Concilio recomendó a los religiosos volver al carisma del fundador, pero no a los tiempos del fundador. En algunos aspectos se tiene mucho más en mente la clausura tridentina con todos sus signos externos de rejas, pinchos, altos muros, etc., que la del Vaticano II que ha pedido una actualización acorde a los signos de los tiempos.

Ciertamente las monjas sentimos la necesidad de una vida apartada del mundo, y defendemos la llamada «clausura papal», pero la clausura es espada de doble filo. Por una parte nos aporta el silencio, la soledad que es el clima necesario para la oración continua, para el encuentro con Dios; nos libera de todo lo innecesario, nos centra en lo

esencial, promueve el espíritu de fraternidad dentro de la comunidad, nos sensibiliza ante los problemas de la Iglesia y de la humanidad, es una llamada a la interioridad. Una contemplativa nunca puede ser una persona superficial.

Pero por otra parte la clausura canónica mal entendida puede intensificar el individualismo, empobrecer la mente por falta de contacto con la teología, con la espiritualidad del Vaticano II y del post Concilio; impide una mayor apertura a las necesidades del mundo porque la mirada se puede chocar con los altos muros de la clausura sin trascenderlos. Puede darse un cierto «capillismo» y hasta convertir el monasterio en un pequeño gueto con aquella antigua norma de «ni ver ni ser vistas».

He mencionado este punto de la clausura porque es quizá uno de los aspectos que en el siglo XXI, hace aparecer la vida contemplativa femenina como desfasada y anacrónica.

Algo de historia

A vuelo de pájaro, vamos a echar una mirada rápida sobre la historia de la vida contemplativa para ver como ésta abarca toda la vida de la Iglesia, y hunde sus raíces en el A.T.

Los cuatro primeros siglos de la Iglesia, que se caracterizaron por las persecuciones, vieron la consagración de las vírgenes y de los ascetas pero ellos vivían en su propia casa y prestaban ayudas apostólicas. Es con la paz constantiniana cuando se siente la necesidad de suplir el martirio por otro tipo de vida que busque radicalmente el encuentro con el Señor. La búsqueda contemplativa de Dios va a reemplazar el encuentro rápido con él que se conseguía mediante el martirio.

Con San Antonio Abad en el siglo IV empieza un movimiento que arrastra a centenares de hombres al desierto; fenómeno que surge espontáneamente en diversos países: Egipto, Antioquía, Siria, etc. Son ermitaños que se dedican a la búsqueda exclusiva de Dios mediante la escucha de la Palabra, la oración y la ascesis. Pero en algunos casos estos ermitaños viven en colonias eremíticas bajo la dirección de un abba del desierto y se rigen por los famosos apotegmas.

Con Pacomio comienza la vida cenobítica cuando él decide reunir a los ermitaños dentro de monasterios de vida común. Y funda conventos de monjes y monjas. La vida de estos cenobitas se centra en la oración y el trabajo manual. Este tipo de vida se extiende rápidamente y a

través de Casiano se instaura también en Europa donde con San Benito se va a convertir en una fuente de espiritualidad y de cultura. Son los benedictinos quienes se encargarán de llevar la cultura al resto del continente europeo.

Ante las necesidades históricas, las guerras, el peligro de los sarracenos, las Cruzadas, la vida religiosa responde con nuevas fundaciones. Ahora ya no exclusivamente contemplativas sino dadas al apostolado. Surgen las órdenes hospitalarias, las de la redención de los cristianos cautivos. Pero los monasterios masculinos y femeninos dedicados sólo a la contemplación siguen existiendo con sus crisis y sus reformas.

Tanto en Oriente como en Occidente aparecen nuevas familias religiosas y nuevas formas de vida contemplativa. Por ejemplo los cartujos, los camaldulenses unen en su carisma la vida cenóbica con la experiencia eremítica.

A finales del siglo XII surgen las órdenes mendicantes. Sus miembros no son monjes, llevan el Evangelio a todos los lugares. Pero en estas órdenes y, hasta el siglo XIX, las mujeres de cualquier familia religiosa tienen que vivir en clausura y dedicarse exclusivamente a la oración y al trabajo monástico. El único fundador que logró evadir esta norma fue San Vicente de Paúl quien al fundar a las Hijas de la Caridad las presentó no como monjas sino como mujeres piadosas dedicadas a los pobres. Por eso no les permitió llevar el tradicional velo ni hacer votos perpetuos.

Es el siglo XIX el que va a ver un auténtico boom de fundaciones femeninas dedicadas exclusivamente al apostolado: la educación, los hospitales, las misiones, etc. Sin embargo la vida contemplativa tradicional tanto masculina como femenina jamás desapareció.

El siglo XX trae una novedad en la vida consagrada, los Institutos Seculares. Además se fundan nuevas familias religiosas de tipo monástico como la Fraternidad Monástica de Jerusalén en París, las y los Hermanitos de Belén, una especie de Cartuja renovada, e incluso el famoso Taizé entre los reformados, y muchas otras.

El Concilio dio un nuevo empuje a la vida contemplativa mediante su Decreto *Perfectae Caritatis* en el que dice:

«Los institutos que se ordenan íntegramente a la contemplación, de suerte que sus miembros vacan sólo a Dios en soledad y silencio, en asidua oración y generosa penitencia, mantienen siempre un

puesto eminente en el Cuerpo místico de Cristo, en el que *no todos los miembros desempeñan la misma función* (Rom 12,4), por mucho que urja la necesidad de apostolado activo. Ofrecen, en efecto, a Dios un eximio sacrificio de alabanzas, ilustran al pueblo de Dios con ubérrimos frutos de santidad, lo mueven con su ejemplo y lo dilatan con misteriosa fecundidad apostólica...» (PC 7), más adelante insiste: «Debe mantenerse firme la clausura papal para las monjas de vida puramente contemplativa, pero acomódese a las circunstancias de tiempos y lugares, suprimidos los usos anticuados...» (PC 16).

La Instrucción de Pablo VI «Venite Seorsum» dio un nuevo giro a las normas de clausura, sin embargo todavía prevalece en muchos lugares la mentalidad tridentina.

En el encuentro que Juan Pablo II tuvo con las contemplativas en Ávila en 1982, con ocasión del IV Centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús, entre otras cosas insistió en la necesidad de una formación conveniente:

El Papa os llama hoy a seguir cultivando vuestra vida consagrada mediante una renovación litúrgica, bíblica y espiritual, siguiendo las directrices del Concilio. Todo esto exige una formación permanente que enriquezca vuestra vida espiritual, dándole un sólido fundamento doctrinal, teológico y cultural...

El último documento oficial sobre la vida religiosa es *Vita Consecrata* por eso merece ser citado. El texto que transcribo no se refiere exclusivamente a la vida contemplativa sino en general a la vida religiosa femenina, pero por hacer mención expresa del aporte de algunas contemplativas a la teología lo traigo a cuentas:

Se espera mucho del genio de la mujer también en el campo de la reflexión teológica, cultural y espiritual, no solo en lo que se refiere a lo específico de la vida consagrada femenina, sino también en la inteligencia de la fe en todas sus manifestaciones. A este respecto, ¡cuánto debe la historia de la espiritualidad a santas como Teresa de Jesús y Catalina de Siena, las dos primeras mujeres honradas con el título de Doctoras de la Iglesia, y a tantas otras místicas, que han sabido sondear el misterio de Dios y analizar su acción en el creyente! (VC 58)

Rápidamente hemos echado un vistazo a la vida contemplativa desde el siglo IV hasta este siglo y podemos constatar que a ningún momento ha desaparecido o perdido su sentido eclesial y apostólico.

«Tu rostro buscaré, Señor. No me escondas tu rostro»

Tras haber visto los fundamentos generales y bíblicos de la vida contemplativa, el aspecto canónico y algo de su historia, es preciso detenernos ahora, aunque sea brevemente, en la esencia de esta vida, que como dije al comienzo es la BÚSQUEDA DE DIOS.

Como es lógico, al hablar de la espiritualidad contemplativa tengo que hacerlo a partir de mi propia experiencia como carmelita. No conozco suficientemente otras espiritualidades como para hablar de ellas. Sin embargo, a pesar de la diversidad de los carismas contemplativos dentro de la Iglesia, la finalidad es siempre la misma, la búsqueda del rostro de Dios, o sea la contemplación. Santa Teresa de Jesús en el libro de las Moradas nos dice:

...todas las que traemos este hábito sagrado del Carmen somos llamadas a la oración y contemplación (porque este fue nuestro principio, de esta casta venimos, de aquellos santos Padres nuestros del Monte Carmelo, que en tan gran soledad y con tanto desprecio del mundo buscaban este tesoro, esta preciosa margarita de que hablamos), por lo que nos disponemos para que nos la descubra el Señor (5M 1,3)

Lo que dice Santa Teresa en este texto es muy importante porque da por hecho que las que ingresan al Carmelo son personas que buscan la oración, es decir «vocacionadas a la oración». Además que se encuentran dentro de una tradición centenaria pues esos «santos Padres nuestros del Monte Carmelo» son los primeros ermitaños que datan del siglo XII. Pero para llegar a la experiencia contemplativa que es un don gratuito de Dios es necesario «disponerse», como dice Teresa.

La tradición del Carmelo es netamente contemplativa, es decir mística, pero hay que tener una idea correcta sobre lo que es la mística, porque habitualmente se considera «místico» solo a quien haya gozado de fenómenos extraordinarios.

La palabra mística viene del griego, del verbo **myo** que significa la acción de cerrar, referido a realidades secretas, misteriosas y relacionado con el «*mysterion*» paulino: «Misterio escondido desde siglos y generaciones...» (Col 1,26). Desde el siglo V con el Pseudo Dionisio, se habló de la «teología mística», expresión utilizada también por Teresa de Jesús y que se refiere al «conocimiento experimental, interno y sabroso de las realidades divinas», no al estudio de la mística por parte de la teología. Fue en el siglo XVII cuando se empezó a hablar de la «experiencia mística» para describir una experiencia interior siempre rela-

cionada con Dios o con las cosas divinas, en la que prevalece la acción transformante de Jesús. La mística cristiana es la experiencia de una vida nueva comunicada por el Espíritu del Padre y del Hijo y designa la experiencia interna, profunda de Dios, que puede tener un ser humano.

Pero no creamos que la vida contemplativa se vive en un ambiente intelectual tenso o aburridor, todo lo contrario, esta vida nos lleva a vivir con alegría, con la sencillez del niño que se admira ante todo, con una mirada limpia que ayuda a descubrir la presencia del Amado en todo y en todos. Entre más nos hayamos liberado de lo accesorio, de lo innecesario, tanta más capacidad tendremos para encontrarnos con Dios.

Normalmente se dedican varias horas al día a la oración litúrgica, Eucaristía diaria, Liturgia de las Horas, y a la oración personal, a la lectio divina, a la lectura espiritual y al estudio de todo aquello que nos ayude a conocer mejor a Dios, conocer la Sagrada Escritura, la Iglesia, nuestra propia espiritualidad, y también las necesidades de la humanidad. Pero igualmente se dedican varias horas del día al trabajo de casa y al trabajo remunerativo, al compartir fraterno y al descanso. El horario ideado por Teresa de Jesús es de un equilibrio admirable.

Para Teresa de Jesús la oración es amistad, encuentro. Ella la define como «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (V 8,5) y a su amigo el Obispo de Évora, don Teutonio de Braganza, le escribe cuando éste está pasando por una de esas crisis normales en todo orante, períodos de oscuridad y aridez en las que se tiene la tentación de abandonar la oración:

De lo que vuestra señoría tiene del querer salir de la oración, no haga caso sino alabe al Señor del deseo que trae de tenerla, y creo que la voluntad eso quiere y ama ESTAR CON DIOS... y procure vuestra señoría algunas veces —cuando se ve apretado— irse a donde vea cielo y andarse paseando, que no se quitará la oración por eso, y es menester llevar esta nuestra flaqueza de arte que no se apriete el natural. TODO ES BUSCAR A DIOS, pues por él andamos a buscar medios y es menester llevar el alma con suavidad» (Cta. del 3 de julio de 1574).

Imposible encontrar mayor humanismo y sensatez respecto a la oración que este texto de la Santa. Para ella orar es ESTAR CON DIOS, es BUSCARLO, no «apretar el alma», gozarse con la naturaleza. Por eso la vida contemplativa no puede ser triste u oscura. Es esa búsqueda del amado que todo lo justifica y que no oprime el alma.

San Juan de la Cruz, por su parte en su inigualable Cántico Espiritual, describe la búsqueda del Amado que ha huido y se ha escondido:

2. Pastores los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero
decidle que adolezco, peno y muero.

3. Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas;
Ni cogeré las flores
Ni temeré las fieras
Y pasaré los fuertes y fronteras.

4. ¡Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado!
¡oh prado de verduras
de flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado.

5. Mil gracias derramando
pasó por esto sotos con presura
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura.

11. Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.

Me he tomado la libertad de citar estas cinco estrofas del Cántico Espiritual porque la contemplación, como ya he dicho varias veces, se basa en la búsqueda constante de Dios. A la luz de estas estrofas descubrimos cómo el orante busca, pregunta, indaga el lugar para encontrarse con Dios y le dice a Dios que por favor se le revele porque solo su presencia puede satisfacer nuestros anhelos.

Esta búsqueda se alimenta de la Sagrada Escritura y de la vida sacramental. Ahí encontramos las pistas para el encuentro con Dios que parte del hecho de que él es el Emmanuel, el Dios-con-nosotros y que Jesús mismo nos prometió al decirnos «Si alguno me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14,23).

Ciertamente necesitamos los llamados «tiempos fuertes» de oración durante los cuales nos dedicamos exclusivamente a orar, pero es a lo largo de toda la jornada que estamos en esa tensión hacia él. Cuántas veces es durante el trabajo cuando experimentamos su presencia amorosa o recibimos luces sobre el misterio que no habíamos sido capaces de percibir a lo largo de la oración. Lo que pasa es que no es fácil describir las propias experiencias de búsqueda y encuentro.

El o la contemplativo/a normalmente se siente acompañado/a. Sabe que Dios está con él o con ella. Le habla y lo escucha, le expresa sus deseos, sus preocupaciones. Le presenta las necesidades de la humanidad, de la Iglesia, de sus seres queridos. No es una intimidad egoísta, es en favor de todos, así como la intimidad de Moisés con Dios fue siempre en favor de su pueblo.

Una característica de la contemplación es la humildad y el espíritu de gratitud. Uno se reconoce limitado, pecador, incapaz de muchas cosas, a pesar de conocer también todos los dones que de Dios ha recibido. Pero uno no es omnipotente y tiene que experimentar a cada paso la acción de Dios en su vida. ¿De dónde procede la salud, la alegría, la capacidad de trabajo? ¿No es Dios quien nos la da? ¿Quién obra en la comunidad para que todo se vaya realizando según los planes de Dios? Personalmente, no puedo darle a mis hermanas cuanto ellas necesitan: Dios es quien se lo proporciona. Creo que era San Ignacio quien decía que: «Hay que trabajar como si todo dependiera de mí, y hay que orar como si todo dependiera de Dios» o, como dice el refrán popular: «A Dios rogando y con el mazo dando».

Pero quizá lo más bello de la contemplación es la experiencia del amor de Dios. Ya dije antes que esta es la base, la fuente de nuestra búsqueda. Si no nos supiéramos amados por él quizá no lo buscaríamos tanto. Pero realmente, «la experiencia del peso de su amor sobre nosotros» como dijo San Gregorio Magno, es arrolladora. Uno quisiera poder traspasar algo de esta experiencia a quienes no creen en Dios o no creen en su amor. Tal vez quienes tienen la experiencia de la paternidad y la maternidad física pueden barruntar un poquito lo que es sentirse y saberse amados por Dios, pues su amor a sus hijos los capacita para conocer el amor de Papá-Dios.

Pero no creamos que todo es dulzura y luz en este camino contemplativo. No, San Juan de la Cruz nos describe las cuatro Noches por las que ha de pasar el orante hasta llegar a la unión con Dios. Estas noches son noches purificadoras, son activas y pasivas, en ocasiones se asemejan a las purificaciones del purgatorio.

Pero estas purificaciones brotan de la misma vida, no son cosas raras. La vida con sus problemas, sus alegrías y tristezas, la salud y la enfermedad, las arideces espirituales, etc, todo esto es lo que constituye las «noches» sanjuanistas.

Algo que es muy importante en la vida contemplativa es la salud física, pero sobre todo la salud mental. Esta vida es muy exigente y por eso se tiene que tener una madurez humana que sepa abordar las dificultades sin perder el control, y un equilibrio psíquico a toda prueba. Ser capaces de una vida fraterna alegre, generosa; vivir al servicio de los demás es importantísimo, por eso no cabe el egoísmo, porque se sabe bien que «quien dice que ama a Dios y no ama al hermano es un mentiroso» en palabras de San Juan Evangelista (1 Jn 4,20) Todo esto entra en juego para poder vivir la vida netamente contemplativa sin estar buscando compensaciones y es materia de purificación personal y comunitaria.

La sencillez de nuestra vida es como un reclamo a tantas exigencias burocráticas que se dan en lo social, lo económico, lo político. Hoy día cada vez aparecen más leyes, más trámites, más dificultades para conseguir fines realmente sencillos. La vida contemplativa se caracteriza por la sencillez de la oración, de sus estructuras, de su ritmo de vida. La oración llega a convertirse en una simple mirada, en una palabra repetida desde el fondo del corazón, en un suspiro anhelante. Todo lo contrario a la burocracia reinante hoy día.

Finalmente, todo se resume en «andar en la presencia de Dios», como decía Elías Profeta (1 R 17,1) en esa presencia amorosa que nos permite experimentarlo dentro de nosotros y que en los momentos de oscuridad nos impulsa a seguirlo buscando a pesar de todo. Es algo que uno quisiera que todos experimentaran para que comprendieran el valor de una vida dedicada exclusivamente a la búsqueda de Dios.

Conclusión

Para terminar tenemos que preguntarnos, entonces ¿para qué sirve la vida contemplativa en el siglo XXI?

1. Es un semáforo en rojo que obliga a detenerse y reflexionar: ¿de verdad Dios existe? ¿Necesito a Dios?
2. Es un grito al mundo que le dice: se puede ser feliz sin ser esclavo de la sociedad de consumo.

3. Es un testimonio de fraternidad, de capacidad de vivir con diversas razas, nacionalidades, edades, temperamentos, armoniosamente. En un mundo tan dividido, tan violento como el nuestro la vida religiosa, y en particular la contemplativa, es una muestra de que la paz y el amor se pueden encontrar en este Mundo.
4. Como escribió el conocido teólogo Olegario González de Cardedal:

Si una generación que habla de autonomía de lo humano y de consistencia cerrada del mundo creado, llegase a hacer impensable la oración, e innecesaria la plegaria y el clamor ante Dios, esa generación, se habría cortado las venas de su sangre, y toda posibilidad de respiro espiritual (El elogio de la encina).

5. Es una llamada al ecumenismo que encuentra en la vida monástica un punto de convergencia como dice Vita Consecrata:

La sensibilidad ecuménica de los consagrados y consagradas se reaviva también al constatar que el monacato se conserva y florece en otras Iglesias y Comunidades eclesiales, como en el caso de las Iglesias orientales, o se renueva la profesión de los consejos evangélicos, como en la Comunión anglicana y en las Comunidades de la Reforma (VC 100).

6. Es una llamada a la sencillez, a la simplificación de la vida, a prescindir de todo lo que sea complicar el ritmo de la vida diaria.
7. Al mismo tiempo procuramos recordarle al mundo, como diría Santa Teresa de Jesús, que «no somos huecos en el interior». Que dentro de nosotros hay otra vida, la vida divina, que debemos reconocer y aprovechar. El Señor «está a la puerta y llama... si le abrimos entrará y cenará con nosotros», nos dice el Apocalipsis.
8. Quisiéramos que todo monasterio fuera como una flecha indicadora que dijera : «Ahí se busca a Dios».
9. En resumen, se da testimonio de que Jesús nos basta. En él encontramos paz, alegría y una plena realización humana.

Agradezco de corazón vuestra atención y confío que os haya quedado alguna idea sólida sobre lo que es la vida contemplativa y para qué sirve aun en el siglo XXI.

